

—Tú lo has visto. Tú lo has visto por las tardes al son de las esquilas, cuando el viento abanica, suavemente, la sespigas. Tú lo has visto. Arriba, ahí, ¡prendido! ¡Qué solitario! ¡Qué frío! Sí, pero, ¡cuán bellamente casto! ¿No te parece una lágrima que vierte la tarde al anunciarse que, el día expira, lentamente, en su agonía? Tú lo has visto mientras te ríes y mientras suspiras y... No lo olvides, es el lucero, testigo mudo de tus necedades.



Fatigado, hastiado, aburrido del infierno —después de una temporada— pude recordar los días olvidados. Recordé los consejos de los ancianos; las palabras de los poetas; los rezos de las viejas —aves negras anidadas en las iglesias. Lo que no he podido recordar —y esto me atormenta mucho más que las llamas— es el sabor de aquel exquisito vino que bebía en mi campiña. Tampoco he podido recordar el olor de las espigas maduras que esparcía el viento caliente y que tan placentemente refrescaba mi cuerpo. Ahora ardo entre las llamas vivas y abandono a ellas estas hojas, hojas escritas sobre olvidados días.

Abahel

Luis G. de Alba /

Psicología. Facultad de Filosofía y Letras

Yo soy Abahel, el anciano hermoso, padre de Dan y de Tel la de los pechos como palomas y los muslos como gacelas, que teje guirnaldas a la sombra de Ebel, tierno y suave amante que llena de rosas su vientre y le hace parir hijos bellos como los hijos de los ciervos que en el invierno bajan de las montañas al valle tibio.

Yo soy Abahel, el anciano de los hermosos ojos y abundante barba, padre de Acar que recogía estrellas al amanecer en la arena húmeda y su cuerpo era como nácar, delgado y flexible como los juncos del arroyo.

Pero he aquí que Abahel verá pronto el fin de la luz y regresará a su oscura morada con su padre Amur y su madre Hestia.

Oh Abahel, Abahel, tus ojos ya no reconocen el sendero de la fiera que acecha en la espesa noche y tu brazo débil no empuñará el arco ni la lanza en las batidas de los jóvenes empeñosos y de miembros endurecidos; en las que el jabalí es herido de muerte y, atado a un palo, es cargado luego por los sirvientes de anchas espaldas entre las antorchas, la alegría y las ánforas de barro cocido repletas de vino rojo. Los bellos colores de los faisanes colgados en racimo y llevados por los jóvenes cazadores alegrarán la mesa de rudo nogal y roble cuando la fiesta se inicie.

¡Ah, espléndidas mesas de la bacanal!; el jabalí rodeado de faisanes horneados lentamente y rellenos de frutas secas y ahumadas en el largo invierno por las mujeres que las ensartan al calor del fuego para luego colgarlas. Las ánforas de delicado diseño llenas de rojo vino exprimido en los lagares cuando llega el tiempo de la vendimia. Y las olorosas frutas que desbordan sus cestas a la luz de numerosas antorchas.

Abahel, Abahel, padre de la hermosa Thilce y del apuesto Braxa, el de la piel dorada, que va siempre desnudo y con un lienzo de seda blanca anudado

a la cintura delgada y fuerte, ya nunca vestirás la túnica corta y blanca para los festines, ni habrás de rasgarla, ebrio de ardorosa pasión, a la mitad de la noche manchada de vino y salpicada de semen.

Pero yo, Abahel, cantaré, tomaré mi laúd de maderas preciosas y entonaré el canto de mi vida y de mis hijos:

I

¿Algún día te encontraré? ¿Sabré alguna vez siquiera quién eres?

Vagaré hoy como todos los días, como todas las noches, con mi eterna e insaciable sed, y mi tristeza crecerá con cada día escapado de mis manos.

Estoy ante el sol, mis órbitas sin ojos se llenan de luz.

Estoy erguido y un río brota a mis pies.

Todo mi ser se siente atraído por ti, lo que seas.

II

Estoy aquí sentado, contemplando mis manos vueltas hacia arriba.

Estoy rendido, demasiado ha durado mi búsqueda.

Creo vislumbrarte a lo lejos y desapareces entre los árboles de sombras doradas, o bajo la luz que juega con el agua del río. Otras veces te ocultas en la tierra húmeda, pero siempre, siempre al llegar yo, desapareces.

No continuará mucho este constante preguntar por ti ante cada árbol, ante cada fruto.

Las huellas que en el polvo parecían tuyas me llevaron por largos senderos que se desvanecieron pronto.

La muerte madura como un fruto.

Mis raíces no penetran en la tierra y mis ojos llenos de sol mirarán hacia dentro.

III

Mis ojos ya están enrojecidos y mi laúd cuelga silencioso. He pasado en vela la noche, lleno de amargura infinita porque creo haberte perdido.

Tras las montañas se desliza el alba.

Abahel salió de su cabaña al amanecer para recorrer sus campos y sus viñas y cantó el anciano mientras los labradores descansaban a la sombra de los olivos de los rudos trabajos y mitigaban su sed en el arroyo que corre cercano.

La voz suena entre las estrellas aterradora, pavorosa. Su vibración hace estremecer el universo.

Ella sustenta lo ya creado recreándolo a cada instante. Se cierra en sí misma y parece inalcanzable.

Pero en el amplio valle, donde la luz y la brisa se mezclan con el trigo, y las yerbas silvestres trepan las cañas doradas del maíz maduro cubriéndole de flores lila, ahí la voz terrible de espantoso sonido, se escucha más dulce que el rumor del agua, o el viento en el follaje de los árboles llenos de nidos.

La dulce campana del atardecer me consuela un poco de tu ausencia, ¿Pero es que nunca veré tus ojos tan parecidos a los míos? ¿No pondrás tus manos sobre mis hombros ni besarás mi frente?

Camino lentamente, con el pecho descubierto en el que siento tu lejano llamado.

Ausencia... ausencia...

Y no hubo en el valle de Aral voz más bella que la de Ebel cuando dijo:

¿En dónde estás amigo mío? Te he llamado en la noche y sólo me contesta

el eco de mi voz. Al sonar la viola del atardecer en las montañas he creído sentir tu presencia.

Ya soy sólo mi voz que te llama y mis ojos que te buscan. Una esperanza tras una sombra fugitiva e inasible.

Hoy, como todas las noches, encenderé mi lámpara y abriré mi puerta esperando tu llegada. Lucharé contra la tristeza que me inunda al ver el día perderse en el camino polvoriento por el que no llegaste.

Amigo mío, cuando llegues te entregaré mi casa y mis riquezas, me miraré en tus ojos y sabré que ése soy yo.

Mientras tanto vagaré por las fuentes del bosque, y veré tu imagen en las nubes y en los árboles. Oiré tu voz en los ríos y fuentes, y te amaré en las criaturas que me rodean para cuando llegues, poder reconocerte.

Y mientras Ebel se sumergía en el agua del arroyo para lavarse y refrescarse un poco pues había caminado largo rato bajo el sol por entre los campos de su padre; Osán, su compañero, tendido en la hierba contó que en el país tras el mar y las montañas, el sacerdote acusaba ante el tribunal a un joven poeta. Debía sentenciársele a destierro por incrédulo. Nunca se le veía orar en público ni hacer penitencia.

El poeta se defendía: adoro a Dios en el milagro diario de los amaneceres, en la calma grávida de luz del día, en cada criatura salida del seno de la tierra y en mí mismo. El cuerpo de Dios se extiende ante nosotros, luminoso, en las noches sin nubes. En el oscuro abismo Dios estira sus miembros de horizonte a horizonte. Una mano la apoya en las montañas y lanza sus piernas sobre nuestras cabezas en el negro cielo y ahí está cada noche suspendido, girando lenta pero inexorablemente. Girando luminoso y aplastante.

Al oír aquello el sacerdote lo llenó de imprecaciones y pidió un castigo más grave; pero uno de los jueces, desgarrando su manto y llorando lleno de amargura besó al poeta y desapareció.

Dios caía con el atardecer.

Después, al sonar la viola del atardecer, cuando los pájaros levantan el vuelo y los labradores regresan al hogar, esto dijo Ebel:

¿En qué piensas cuando ves a lo lejos, junto a la ventana? Las montañas parecen llamarte y los ríos.

No te pediré que te quedes; vuelve al bosque donde tu pelo se confunde con las hojas secas, tu piel recobra su luminosidad y tus ojos son como el agua que corre entre las piedras. Ése es tu verdadero hogar. Pero yo esperaré, esperaré la mañana en que te veré volver con tu conocida sonrisa.

Esta tarde brilla la lluvia entre tu pelo y tu risa se escucha sonora, pero ya no estás más conmigo.

La hierba que pisan tus pies está húmeda. Se pone el sol, sus rayos hacen el follaje transparente. La tarde es triste.

Sientes mi presencia y evitas mirarme.

Aún no creo haberte perdido.

Camino pisando las hojas secas.

La tarde es triste,

la tarde es triste...

Hoy que te has ido, recuerdo la tarde en que escuché tu voz por primera vez, en el fondo de la tarde.

Tu pelo era rojo y tus ojos miraban dulcemente.

Pensé que venías a llenar mis horas más largas, mi más doloroso vacío y así fue. A tu lado todos los días fueron de sol y las noches llenas de una serena belleza.

Pero la misma noche que envuelve al canto de los pájaros, apagó también el ruido de tus pasos al alejarte.

Hoy la tarde me pesa como campana de bronce. Los nidos están vacíos. Cierro los ojos para ver tu imagen y una profunda tristeza se derrama lentamente.

Vagos sentimientos laten en mí al llegar el otoño rosa y oro.
Tu recuerdo me aprisiona y las horas pasadas a tu lado están dolorosamente vivas.

El otoño hace las sombras violáceas.

Tu voz y tus ojos están presentes constantemente y siento el contacto tibio de tu piel.

El día pasa y yo no hago más que pensar en ti.

Osán, que escuchaba a Ebel y nada deseaba sino consolarlo sólo pudo decirle:

Hoy que la tristeza te invade, recuesta en mis hombros tu cabeza y mira las estrellas regadas por el cielo.

Si aún tenemos sol y su calor hace crecer el trigo, ¿por qué lloras? Los niños juegan al lado de sus madres. Las abejas hacen miel, las aceitunas maduran.

Abrázame y mira las estrellas que giran en el cielo.

Pero Ebel continuó: Hoy caminaré entre los árboles que bordean este sendero sin ti, amigo mío. El viento tendrá el mismo olor a hojas de eucalipto, a hierba seca que se quema y en los surcos se alinearán haces de trigo dorado, maduro como aquella tarde. Pero no estarás tú para verlo conmigo.

Iré a los mismos lugares sin sentir tu brazo apoyado en mí, y me parecerá imposible estar tan solo.

La noche se puso triste. Los ángeles vagaban sin ruido y sin ser vistos.

Los caballos de la brisa galopaban por el campo.

Un niño arroja piedras a la luna temblorosa del estanque.

La noche se puso tibia, amorosa, como una madre joven.

Por los caminos llegaban voces de niños y de agua.

Una profunda tristeza lo teñía todo de azul.

Hoy,

cuando las sombras cubren la playa

y las olas

dejan luces fosforescentes en la arena oscura,

tu cuerpo se acercaba

y mis brazos se extendían

como el horizonte inmenso.

Es tan tibio el viento

¡y estás tú tan lejos!

El mar llena las pisadas

con olas de espuma y sombra.

Tu pelo

y tus manos

y tus ojos,

formados en el agua por los rayos de la luna,

se desvanecieron pronto.

En la noche de silencios y de sueños

tu sombra se acercaba,

y mis brazos eran tibios,

eran tibios...

Te reconozco, eres la misma que en el valle de Aral bajaba todas las mañanas al arroyo. Llevabas siempre una vasija de miel y un ánfora alargada

para la leche. Las flores se abrían al sol y tú descendías la colina húmeda por el rocío, sintiendo su fresco contacto en tus pies y respirando pausadamente el aire luminoso de la mañana.

Yo te contemplaba desde mi roca cubierta de musgo con la sonora floresta a mi espalda, tu paso delicado, tu cotidiana adoración del sol, tu cotidiano sacrificio de miel y leche, desde mi roca musgosa ¡doncella de plata!

Y ahora te reencuentro en estas lejanas montañas del destierro y te celebro y canto: eres la misma, la misma a la que un día me acerqué y ofrecimos juntos el sacrificio y juntos adoramos al sol que crea las doradas abejas del barro en descomposición y se abraza a la tierra como un joven ardiente a su oscura amante.

Contigo recogí los frutos maduros en el rojizo otoño resplandeciente y murmurante de hojas bajo nuestros pies y quedamos con un delicioso olor a manzana en la piel. Después tejimos guirnaldas de flores y frutos que yo puse alrededor de tus muslos y tus pechos y tú coronaste mi cabeza. ¡Oh, doncella de plata!

Mi sangre circulaba apresurada, haciendo enrojecer mi cara e hinchando las venas de mi cuello desnudo. Mi respiración se acortaba y mi juventud montó ágil caballo resoplante y sudoroso.

Cuando te bañabas en el arroyo y los lirios rozaban tus hombros, yo te contemplaba desde mi roca musgosa, el sol abrasaba mi espalda y brillaba en la tuya rodeada de agua fresca y corriente. ¡Oh, doncella de plata!

Yo estaba parado sobre mi roca, bañado de sol, desnudo y descalzo, con un lienzo de seda blanca anudado a mi cintura, una cinta de oro en el cabello y un collar de esmeraldas.

Te tendiste en la hierba para secarte al sol y bajé, como el fuerte y ágil tigre real, para cubrirte del sol con mis hombros anchos. Tu cuerpo se me abría como un camino de nardos y tus pechos asustados buscaban el sol y esquivaban mi sombra. ¡Oh, doncella, doncella de plata!

Estoy a tu lado, cara al sol, con el pecho y el vientre llenos de flores, mi cinta de oro y mi collar de esmeraldas.

¡Téjeme una corona ahora que estoy impregnado de tu olor, tu olor suave y dulce de manzanas y miel!

Esto cantó Braxa, hijo de Abahel.

¡Abahel, Abahel!, anciano padre de Exa, eleva el canto de tu vida y de tus hijos.

Yo soy Abahel, hijo de Amur, la misma fuerza que mueve al universo me mueve a mí y a los misterios que dentro de mí se agitan.

Y yo, polvo en el polvo, me extiendo de un polo a otro, constelado de estrellas.

A la luz del sol, en el diario bullicio de la gente, yo llevo la noche y la lejanía; pero en la noche de silencios como estrellas siento en mí el peso de la desolación, y mi oración solitaria se pierde.

Dios mío, clamo de día y
no escuchas, y de noche
y no me atiendes.

DAVID

En la luz del día me confundo y mis huesos y mi carne se desvanecen.

Sólo soy una pura vibración que asciende, busca y se esparce; se esparce en el sonido metálico del día.

En los ríos y fuentes, en el desierto me pierdo y extiendo como sombra; pero tú no me escuchas.

No conozco más rostro que el tuyo, ni he oído otra voz ni visto otros ojos.

En este vasto campo de desolación y ruina me alzo y extendo mis manos hacia ti,

Hacia las islas de espuma y sol se embarcan los navegantes: las islas de los gigantes de oro.

Como ellos busco lo indefinible, percibo el misterio bajo las apariencias llanas.

En el remolino de objetos que me rodea hay una luz secreta, una vida oculta palpita en esa silla.

Cuando estoy a punto de advertirlo se escapa como pez de estrellas, se desvancece como las islas de espuma.

He pasado noches enteras destruyendo objetos que ocultan tesoros en el fondo.

Tú, oh terrible vibración que llenas el tiempo, te completas en ti misma; pero yo estoy solo.

Tú: luz que se piensa a sí misma.

Yo, que llevo siempre presente la imagen de tus ojos y el sonido de tu voz.

Yo que he quedado enmedio de la multitud.

¡Tú, oh voz! ¡Oh inundación! ¡Río desbordado!, giras y eres uno con el objeto de tu amor.

Y yo sigo mi camino,

y yo sigo mi camino

y yo sigo mi amargo camino.

La noche es tibia y hay en el cielo un reguero de estrellas.

El sueño vaga en los cabellos del viento.

Azrael calló un momento para escuchar la fuente del silencio y luego prosiguió:

Esta noche, junto a ti, sólo veía tus ojos y tus manos, parecías ligeramente triste, con la tristeza dulce de un encuentro largamente esperado.

El viento traía sueños lejanos.

Esta noche, junto a ti, te veías increíblemente joven, resplandecían tus veinte años y los míos abrazaban a los tuyos. En la penumbra flotaba el alivio de una larga tensión que se deshace y los dos nos sorprendíamos. Algo se desborda y no podremos contenerlo.

Sólo pude abrazarte y permanecer callado, esta noche, cuando estuve junto a ti.

Y el suave canto de Azrael, lleno de luciérnagas y mariposas nocturnas se dejó oír en la cabaña, junto a la cuna iluminada únicamente por una tenue veladora:

Esta noche, escuchando el rumor de los astros, la música que emerge de la tierra y una campanita de plata que rodó por el torrente, una mano tocó suave mi corazón.

Yo he visto cómo los ángeles se deslizan silenciosos en las noches tibias. He sentido la presencia de alguno junto a mí. Pero esta noche uno lloró a mi lado. ¡Qué tristes son los ángeles! El que esta noche tocó mi corazón quería estar conmigo pero no supe retenerlo.

Mas a pesar de todo, cuando suena la campana anunciando el alba, siempre estoy solo; mientras mis ojos se llenan de luz, una serena tristeza me invade. ¡Qué tristes son los ángeles!

Los ángeles sueñan con horas llenas de melancolía. Aletean en la fachada de la catedral, entre los arcos umbríos de las ciudades antiguas, donde todavía bajan los pájaros a las plazas y los niños corren y juegan despertando risas antiguas.

La noche está llena de pájaros dormidos en sus nidos.

Esta noche
como otras noches y otras noches,
escucho el rumor del mar
parecido al sonido de tus pasos en la arena.
Esta noche,
como siempre,
las estrellas brillaban sobre el agua amarga,
la arena está tibia
y sus sombras parecen formadas por tu cuerpo.
Llega lento el mar,
llega lento, llega lento,
y mis ojos se pierden a lo lejos
en la noche tibia poblada de fantasmas.

Yo soy Abahel, padre de Amnut, que en las lejanas montañas mata leones con sus manos y brilla al sol como el tigre al acecho en la alta roca y es ágil con la lanza. Sus pies desnudos trepan por la roca sin vacilar y su cuerpo pesado ha engendrado numerosos hijos que no conoce. En medio de las enormes naves de esta catedral, altísimas, umbrías, desgarradas en lo alto por estrechos ventanales, clamaré. Clamaré como el hombre de las primeras edades ante las montañas, y como él lloraré ante la luz y frente a lo que no comprendo. Lloraré ante mi imagen y mi universo.

Pero yo, superior a las estrellas, soy también un ser errante, conmovido siempre por un indefinible deseo. Insatisfecho, eternamente insaciado. Busco, busco y soy ya una pura vibración.

Acar, el más pequeño de los hijos de Abahel, hálbanos del alba que baja como una joven de carne sonrosada que llega a la fuente con su cántaro de barro y se pierde entre los árboles de sombras doradas mientras el pastor canta.

Y la voz infantil de Acar, dijo:

Antes de amanecer brillan las estrellas tiradas en la playa oscura. Por la arena húmeda camino con los pies desnudos.

Ahora que he recogido estrellas y las he tenido a puñados entre mis manos, mi carne se ha vuelto luminosa y transparente.

Prosiguió Acar: Como Narciso busco mi imagen, la contemplo y como él, la amo.

En los ríos y fuentes, en los lagos busco mi imagen.

Como él miro mis manos y mi cuerpo a la luz del sol de la mañana.

Bajo el sol sonoro tal vez aún soy adolescente; pero en la oscuridad traspasada de presagios, inundada de llamados y de voces, mi corazón envejece y desconozco mis manos fuertes.

Bajo el sol atronador del valle tal vez soy joven y en la cima de la montaña radiante; pero cuando la oscuridad aprisiona mi cuerpo, lo siento sin edad, cargado de siglos, constelado de estrellas.

Y si me inclino ante el sol y lo adoro, ¿podré después verle como le veo hoy? ¿No me será su presencia insoportable?

Cuando se ocultara tras un horizonte protector para mí, me sentiría aliviado.

Luego potente voz de Uriel, el más hermoso de mis hijos; el que ama al cervatillo y sus manos son como palomas y su corazón un lirio, se alzó grandiosa entre la floresta:

En las largas noches, en las montañas y ríos y lagos, en los bosques que se estremecen y respiran como animales, inmortales, luminosos, ahí enmedio de todo estoy yo.

Y todo es bueno, no por agradable o fácil o delicado, sino porque surge como el himno que eleva la tierra: lo mismo la paloma destrozada por el halcón, la luz que hace ver las hojas transparentes, la semilla oculta y tibia, el viento que lleva ciervos en su seno.

De modo que la tierra no engendró un hijo, sino se abrió en ebullición de vida que se desborda y supera y es buena. Y en medio de todo estoy yo, no como centro, sino como quien contempla y se maravilla de sí mismo y de lo demás.

Luego la sangre que me correspondía llegó y circuló en tal forma que a través de siglos y milenios se vino formando, antes aún que existieran siquiera hombres ya estaba yo en transformación; y llega como un alud que arrastra objetos desde remotos lugares para al fin depositarlos; así me han formado, me han elaborado lentamente, como el viento erosiona la roca, siglo a siglo, minuto a minuto; y yo no soy yo sino lo que ha llegado, el mensaje, el lejano despertar, las innumerables voces que no me pertenecen y me han sido enviadas; porque la sangre se agolpa en mi cabeza y es ajena y lejana y vieja, vieja como los abuelos de mis abuelos y aún más, y quien cree pertenecerse se pierde entre la sal y el viento.

De noche, en las montañas que rodean al valle, entre los pinos cargados de nieve recién caída, se escucha la voz de las estrellas.

Y yo vibro con su música.

Aquí, de pie, en medio de los pinos y la nieve, con el valle a mis pies y la ciudad, soy parte del coro, instrumento y ejecutante.

Aquí, minúsculo bajo los pinos, veo el cielo negro y me desvanezco en él, me extendiendo por todo el universo, mis ojos son dos soles y está mi cabeza coronada de estrellas.

Así atronó la floresta la voz de Uriel y una vez dicho esto se internó de nuevo en lo más espeso del bosque, entre los pinos de grandes troncos musgosos y la hierba verde que tapiza la tierra.

Después del amanecer, Ebel y Osán recorren los campos de Abahel y dan instrucciones para preparar el tiempo cercano de la vendimia. Al mediodía atraviesan los campos labrados y a la hora de más calor buscan la sombra de la cabaña campesina, apagan su sed con agua que sabe a barro y sacuden el polvo de sus ropas. Descansan para emprender el regreso, uno pasa el brazo por la espalda del otro, se miran y ríen.

Una vez pasada la hora más calurosa regresan por el camino de tilos. ¿Qué tienen las tardes después de que llueve?

Olores distintos, más frescos, a tierra mojada, a hierba, a troncos de árbol.

Una vaga alegría de niños jugando a lo lejos, de voces en la hierba húmeda, de bandadas negras en el cielo gris de luz diluida.

Algo hay en las voces, algo hay en los niños, en el cielo aún cubierto de nubes ya altas y claras, de un gris que no pesa, en el canto de un pájaro en la rama cubierta de gotas, en el verde oscuro del campo y las lomas cercanas.

Algo hay en las piedras mojadas, en el aire, en la luz y la gente.

¿Qué queda en la tarde después de que llueve?

La tarde avanza majestuosa sobre el bosque. Se escucha su trompeta de oro. Al valle recién oscurecido desciende retumbante el eco del sol en las montañas. Braxa cantaba:

No sé por qué te digo esto, tal vez porque aún te recuerdo aunque no te amo. Te recuerdo sin tristeza. Ya otras veces todo se ha derrumbado como una decoración y eso es lo triste.

Estás tan lejos como lo estuviste siempre y no es mayor la separación ahora que te has ido.

Te vi venir hacia mí. Estaba yo sentado en las piedras que baña el arroyo al que bajabas todas las mañanas; tu pelo rubio se agitaba al viento y la luz brillaba en tus hombros desnudos. ¡Qué hermosos se ven tus pies blancos al pisar la tierra húmeda! A tu paso la hierba se doblaba y el rocío mojaba tus piernas, tenías la frescura del agua que corría junto a mí. Tu cuerpo era admirable en su casi desnudez y las ramas y las hierbas lo tocaban, lo acariciaban como hubiera querido hacerlo yo; las flores en racimo del laurel te perfumaban y dejaban pequeñas gotas brillantes en tu pelo.

El sol llena los surcos y el aire. No he dejado de tenerte presente mientras recorro los campos de trigo, el olor a hierba segada que trae el viento hace más clara tu imagen, y mientras arranco las guías que trepan por las cañas de maíz imagino sus flores malva entre tu pelo.

Me inclino al deshierbar el trigo verde y alto que crece a mi alrededor y se extiende lejano, sus tallos verdes sobre mi cabeza; me recuesto un momento y aplasto los débiles tallos con mi cuerpo. En el cielo no hay nubes, todo lo que veo es azul y el verde tierno de las primeras espigas que se inclinan hacia mí. Y en esa soledad llegas de pronto tú, claramente, y tu recuerdo se hace doloroso. Me envuelve el olor de la tierra negra y la hierba aplastada.

A la hora del calor, cuando todos buscan la sombra de los árboles cercanos y se bañan en el río, permanezco tirado al sol que parece envolverme en abrazos. Te siento junto a mí más intensamente que si te viera. ¿Por qué no estás conmigo?

Recorro tu cuerpo desnudo
que se extiende ante mí como playa desierta
y como oleaje macizo y pesado
invado la arena blanca de tu piel
con el color oscuro de mis hombros
y la dureza de mis brazos y mis piernas.
Si te estremece la suavidad de la tierra
entre tus pies desnudos
y el olor de las manzanas,
la plenitud de luz del mediodía,
la tibieza del aire
y tu dolorosa fugacidad,
ahógate en mí
como en un océano joven.
Me asomaré a tu ojos
y a tu cuerpo de tierra fértil
extendido como un surco
Mientras el sol abraza
los músculos tensos de mi espalda,
no dejaré que toque
la espuma blanca de tu piel.

Este día me has hecho vivir intensamente con tu constante presencia en cada olor, en cada forma hermosa y plena; y todo se agolpa y se hace uno esta noche en que llega un viento suave. Acabo de encender la lámpara y su luz atenuó la de las estrellas que veía por la ventana.

Cada día, cada hora estaba llena de ti, de tu recuerdo, del deseo de verte. ¡Te amé tanto! Al despertar antes del amanecer tu imagen llegaba en la oscuridad. No creo que lo comprendas ahora, ni aun yo lo comprendo.

Recuerdo tu voz, tu pelo, tus manos como algo lejano y ajeno, sobre todo ajeno; y no hay en mí la tristeza de las separaciones que rompen una unión joven y fuerte, como la nuestra en un tiempo, sino sólo el secarse, el extinguirse como tragado por la arena.



Quisiera poder llorar por ti, por mí, por nosotros, por todo; sentir tristeza al recordarte; pero la tristeza que llega no es por ti, ni por nada, es tan sólo tristeza de no sentir ya nada.

Cuando estaba contigo me asustaba el sentirnos tan jóvenes, tan solos; quería estar abrazado a ti sin pensar siquiera en la hora de partir. A veces me entraban unas ganas infinitas de recostarme en ti como un niño pequeño, cómo demostrarte lo que había dentro de mí. No sé lo que habría hecho.

¿Por qué ya no te quiero? Me parece imposible haberte amado tanto alguna vez.

Algo acabó en nosotros, algo que se secó o se rompió como otras veces. Tal vez así sea siempre y seamos incapaces de guardar algo mucho tiempo.

Sé que es absurdo decirte ahora esto. Tal vez tú sí me extrañas. Una vez me dijiste: "Cuando todo se acabe te seguiré recordando como hoy, con este suéter gris y el cuello de la camisa abierto y tu misma sonrisa, parado frente a mí, como en este momento, con este mismo viento que te agita el pelo. Así te recordaré siempre." Aunque volteaste la cara no me pudiste ocultar que llorabas. Entonces no comprendí y tal vez tampoco ahora— la gente está tan lejos!

En aquellas largas horas, ahora tan ajenas como si nunca fuesen nuestras, tan inalcanzables, muchas veces te imaginé como algo oculto en tu cuerpo, algo que asomaba por tus ojos y usaba tus brazos como instrumentos pero tú estabas dentro como una isla.

Cuántas veces deseé fundirme en un solo ser contigo, ser los dos uno solo; pero siempre estabas lejos.

Qué más puedo decirte, te diría que lo hubiera deseado de otra forma; pero de ¿qué otra forma? Hoy me he acordado de ti y me ha puesto triste el no sentir ya nada.

*

Pero he aquí que Abahel verá pronto el fin de la luz y regresará a su oscura morada con su padre Amur y su madre Hestia.

Abahel. Oh Abahel, entona el canto de la muerte:

Contemplando
cómo se acaba la vida
cómo se viene la muerte
tan callando.

MANRIQUE

Gira

gira

gira

gira girándula de fuego gira

Bajo el sonoro sol

bajo el corno —bajo— continuo del sol

corno pianísimo

corno grave

corno asciende

asciende de los objetos sol asciende



llena la atmósfera —nota sostenida— como bajo continuo del sol.

¡Pero el instante!

gira instante gira

girándula de fuego gira

caballo de crines incendiadas...

instante momento

instante momento

instante momento

instante momento

Momento

eternidad pez plateado

(todo está tan distante

y es además tan ajeno).

Estas áridas voces:

midamos esqueletos

analicemos polvo

como el preso cuenta las piedras

los ladrillos de su celda

para matar el tiempo

como si no estuviera muerto desde siempre.

Este inútil agitarse

poetas agitarse poetas

estas áridas voces

gira

gira

gira girándula caballo de crines incendiadas.

A los lienzos los devora el tiempo

la música se pierde.

Dios llega con su hueco inalcanzable

con su pozo aterrador.

Como el viento que arrastra los amaneceres

cacn las manos de mármol

largamente trabajadas.

El amor es el engaño de una tarde luminosa.

La extraña cara de la desolación

asoma entre mis amaneceres y laúdes quebradizos

Llanuras de sal

sombras de caballos de cicuta y sombra

sombra girándula

sombra pez plateado

(todo está tan distante

y es además tan ajeno).

Voces poetas

poetas voces

áridas poetas voces

¡estas áridas voces poetas!

Pero éstas son las mismas cansadas y aburridas palabras.

Callémonos. Nuestras voces impiden como piedra brotar la fuente del silencio
que se viene tan callando.